

TESIS SALVADA

Karina Ansolabehere



En este texto quiero compartir una anécdota que creo que pinta el espíritu que caracteriza al IJJ-UNAM.

Hace 18 años yo estaba haciendo mi tesis doctoral. Hacía un año y medio que vivía en México. En el camino, luego de varias curvas y vueltas en U, me había dado cuenta de que el tema que realmente me apasionaba, y al que quería dedicar mi investigación, era el de la relación compleja entre las personas y el derecho. Esto me llevó a preguntarme sobre el rol de los poderes judiciales y comenzaron varios desafíos. El primero probablemente la necesidad de estudiar elementos de derecho que me dieran las bases para poder hacer realidad la investigación que tenía en mente, y el segundo acceder a las fuentes de información adecuadas para poder entender los efectos de las decisiones judiciales sobre el proceso político.

Ante estos dos desafíos todos los interlocutores señalaban hacia un lugar: el IJJ de la UNAM. Asistí a seminarios gratuitos en que me sumergí, a través de sus investigadores, en las tensiones entre política y derecho, el neo-constitucionalismo, la judicialización de los derechos sociales. Su Biblioteca Jurídica Virtual, en ese momento pionera en el acceso abierto digital a materiales académicos, fue una fuente inagotable de recursos a los que recurría para entender los debates que atravesaban los problemas jurídicos del país en ese momento.

Sin embargo, la anécdota que quiero compartir se refiere a las fuentes de mi investigación. Estaba trabajando sobre la Suprema Corte de Justicia. En

ese momento creo que Google todavía no existía y ni siquiera las sentencias del máximo tribunal eran públicas. Había que ir a las bibliotecas y a los archivos. Eso fue lo que hice. Fui a la biblioteca de la Suprema Corte de Justicia y cuando llegué me informaron que estaba cerrada por remodelaciones. Creo que la persona que me lo comunicó vio mi cara de desesperación: me había quedado sin una parte sustancial de mi tesis, y me dijo “puede ir al IJ ahí tienen un centro de documentación y la van a poder ayudar”.

Así, al día siguiente llegué al IJ. En la recepción pregunté por el Centro de Documentación. Me enviaron a un cuarto en el primer piso. La persona a cargo de la atención al público me escuchó y comprendió mejor qué nadie qué estaba buscando. Me dijo: “creo que lo que busca lo puede encontrar en los informes anuales de los presidentes de la Suprema Corte de Justicia”. De pronto sentí que estaba en un lugar en que me entendían.

Durante casi un mes, asistí a diario a la sala de consulta a revisar los informes de los veinte años anteriores. Llegaba a las diez de la mañana y me iba por las tardes. A los tres días los colegas del Centro me conocían y me trataban como de casa. Me preguntaban sobre la tesis, sabían que año seguía en la consulta y lo tenían preparado.

La última semana de junio de 2002 cuando estaba trabajando allí, me comentaron que las próximas semanas cerrarían por las vacaciones de verano de la Universidad. Otra vez creo que vieron mi cara de desesperación. Mis tiempos de trabajo en la tesis eran tan estrictos que no podía darme el lujo de perder tres semanas. Nuevamente los colegas me comprendieron y me ofrecieron prestarme durante las vacaciones los informes anuales que me faltaba revisar para que no perdiera tiempo. No lo podía creer. Les aseguré que el primer día de la vuelta de vacaciones a primera hora estaría ahí con el material, que si querían les dejaba una identificación, que les agradecía infinitamente la confianza. Su respuesta fue que no era necesario, que me habían visto ir a diario y trabajar allí y que eso les bastaba.

Me dieron los cuatro o cinco informes que me faltaba revisar con varios tomos cada uno. Me ayudaron con una caja y una bolsa para poder transportarlos. El primer día luego de las vacaciones a las 9:30 de la mañana estaba ahí con las cajas de vuelta. Terminé la tesis a tiempo.

Hoy, muchos años después, soy parte de este Instituto, y cada día confirmo el compromiso de mis colegas con su misión.